

Los correos del diablo

Jorge Arturo



**Este trabajo está licenciado bajo Creative Commons Atribución
Uso no-comercial-Vedada la creación de obras derivadas. 3.0
Unported License.**

Para mayor información sobre la licencia que protege esta obra, ir a:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>



Los correos del diablo

Colección QUIJONGO

Los correos del diablo

jorge arturo

editores  alambique

863.44.

V455p Venegas Castaing, Jorge Arturo, 1961 —
Los correos del Diablo / Jorge Arturo
—1.ed.— San José, C.R.:Editores Alambique, 2000.
77 págs.; 21 x 13 cms.—
(Colección Quijongo #8).

ISBN 9968-9871-7-4

1. Cuentos costarricenses 1. Título

Editores Alambique es un proyecto civil, autogestionario y sin fines de lucro. Participamos con esa mínima, pero suficiente cuota del sueño que afirma en el mundo la alegría de vivir. Para nosotros, al decir de los antiguos Nahuas: el verdadero artista todo lo saca de su corazón.

El arte no establece ni afianza, no esclaviza ni deja en libertad, pues nadie nace esclavo en su mente, ni a nadie puede esclavizarse sin consentimiento de su corazón: Late no en lo obtenido sino en el silencio, en la distancia, en la pregunta.

Diseño de portada (basado en una fotografía de Cary Wolinsky), diagramación, corrección (de estilo y filológica), edición (técnica y literaria), realizados por el Consejo Editorial de Editores Alambique.

ISBN 9968-9871-7-4

© Editores Alambique, San José, Costa Rica, 2000.

© Jorge Arturo.

Prohibida la utilización para cualquier fin, así como la reproducción total o parcial de este libro, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio mecánico, electrónico u otro, sin la expresa autorización de Editores Alambique. Impreso en Costa Rica/Printed in Costa Rica.



LA MIRADA PRIMERA

No importará. Poca diferencia habrá en bañarse con agua fresca o con ese liquido negruzco y fétido que te sale de cada orificio, aunque intentés disimularlo con cremas y perfume. ¿Quién te quitará la bata blanca? ¿Quién compartirá tu casita blanca de tejas blancas con horcón blanco y celaje dorado blanco?

No importará el que mezclés tus lagañas con tu pelo y lo chupés antes de bailar desnuda en medio del silencio espeso de este valle de huesos, en tanto canturrearás “que en todo lo malo siempre hay algo bueno...”, o “yo me adapto, adapto, adapto...”, o “yo no opino solo informo...”, o “yo denuncio, denuncio, denuncio...”, Sí, ahí estarás, como quien canta en una silla de espinas, bajo un bombillo de polvo, donde nadie ve, nadie oye, nadie está, ni es...

¿Cómo arrancarte si en mí estás? ¿Cómo amarte si ofrecerás (yo sé que así será) tus tetas verdosas, tus nalgas y tu sexo rancios a cualquiera que nos visite: hombre, mujer o perro?

Sos la reina de harapos, la gran chacala que danza por las calles la miseria de todos. Sos la mañana siguiente, la madre del arroz amargo. Mi corazón es un chillido.

¿Cómo apartarte de mí si al final siempre acepto beber tu cáliz con sangre mezclada con semen? ¿Cómo elegir sino destruirte con la carne de mi carne?

Soy el ariete que puja por derrumbar la puerta. Soy la puerta y el crujir de su agonía. Cuerpos de sal me habitan en reguero. Soy un altar de ojos. Me atisbo desde las fronteras. Triunfo y estoy vencido.

Con el goce te mataré, o a mí: con el goce elegiré. No importa ser un pedazo de carroña en medio de tu alambrada, o un susurro, o un chillido, o una mano que cae cae cae cae...

¡Oh TÁCORA, ASÍS MÍA!, soy tu más fiel perro. ¡TÁCORA del alma, país mío donde podrirse de amor!

Alguien es polvo de estrellas entre el escombros del día.

Soy mi propio cautiverio.

Cuánto tiempo para vernos junto al rosal
de mis huesos

que acurrucan

Tengo frío

llueve

esta oscuro el mundo

tiembla el agua

y no se sabe

cuándo

dónde

cómo

habrá de murmurar

el jardín de los bambúes

en flor

los recuerdos

de mis manos:

LOS CORREOS DEL DIABLO

Carmen, al despedirse, siempre me abrazaba y me daba un beso que, extrañamente, siempre rozaba mis labios. Carmen se ponía roja y se marchaba con su andar húmedo, por entre las callecillas de la tarde. Hoy, ella lo sabía, era la última vez. Carmen siempre me quiso.

Jack y yo amábamos el peligro. No en vano nos llamaban *Los correos del diablo*. Las últimas veces transportábamos armas para los rebeldes en nuestros propios camiones. El mío era azul, capota verde olivo y una estrella blanca en la tapa del motor. Era lento pero muy muy fuerte, y nunca fallaba. El camión de Jack era gris, también capota verde olivo un desteñado signo jipi en cada puerta. Jack siempre entraba y salía por la ventana; así era su estilo.

- Escuche - me había dicho el Bizco Rodríguez la noche anterior -, ésta es la entrega más importante. No me pueden fallar. Mañana la dinamita y las granadas tienen que estar con los muchachos. Sé que es difícil y

mu peligroso, por eso los he llamado y les voy a pagar lo que pidan. Porque solo usted y Jack pueden lograrlo. ¿Estamos?... Entonces márchese ya. No hay tiempo que perder.

El Bizco Rodríguez me dio un sobre y se bebió de un trago el líquido amarillento del vaso quebrado. Poco después Jack y yo cargábamos las cajas y nos poníamos en marcha. Jack tomó la delantera, el valle era su territorio. Yo lo seguía no demasiado cerca; al menos una de las entregas debía llegar completa. El paso por el valle y la montaña estaba en pésimas condiciones. Al anochecer, la montaña se abrió. Sin prender los focos nos adentramos en ella. La tierra estaba suave debido a las lluvias de días anteriores. Por suerte ese día el cielo estaba totalmente despejado y había luna llena. Siempre teníamos suerte. Por eso, y porque nos gustaba el peligro, nos contrataban sin reparar en la paga.

La montaña era traicionera, veías un recodo relativamente amplio y si te abrías para tomar una curva, la tierra se falseaba y terminabas en el fondo del acantilado. La humedad crecía conforme subíamos y bajábamos las pendientes. La montaña sudaba. Al tomar una ladera le vegetación se arralo dando paso a la única meseta. Falta poco. Adelante estaban las lomas que guardaban la hendidura de la montaña donde teníamos que dejar la dinamita y las granadas. Descendimos con mucho cuidado; sentíamos que respirábamos vidrio molido. Por fin, unas hileras de arbustos nos indicaron que estábamos a punto de llegar.

Respiraba con agitación. Siempre sucedía lo mismo. Dejamos la carga y nos dispusimos a subir. La pendiente parecía no ceder a nuestros motores. La hendidura de la montaña quería tragarnos. Una humedad salobre me llenaba las manos. El camión de Jack ya ganaba la cima pero el mío estaba metido hasta los dedos en la montaña. Esto siempre me molestaba. En eso entro mamá.

Carmen se marchó con su andar húmedo por entre las callecillas de la tarde. Con mis dos camiones, el de Jack y el mío, tuve otras aventuras, pero ninguna como aquélla. Nunca hubo otra montaña como aquélla.

Carmen siempre me quiso.

ÁTILA

Átila se llamaba la tarde que quedaba colgando entre el árbol de mango y el jocote que dividían mi patio con el de Alexandra. Yo brincaba por las ramas de los árboles para luego rodearla pequeña loma que me separaba de su piscina. Ella era una salamandra lustrosa pegada a os adoquines. Ella, con una diminuta licra roja perdida entre aquellas nalgas doradas. Ella brazos abiertos, pechos despuntando el tibio aire de verano. Ella manos entre las piernas. Ella gemidos. Ella punta de lengua melocotón con espuma, respiración entrecortada, piernas temblando, cerrándose. Ella cabellera hacia atrás, giro a la izquierda, mirada como dardo hacia mi entrepierna que crecía y crecía escondida entre el pantalón y los naranjos en flor de la primera cerca. Yo cayendo sobre mis talones con un ardor entre los genitales. Ella con sonrisa de triunfo, dedo entre la lengua, mano más allá de los muslos de miel y la mirada de alguien recién expulsado del paraíso. Yo hormigas en la garganta y las lágrimas, de arena, pujando por salir..., y mis primeros pasos, vacilantes, huyendo de aquella derrota a la que volvería al

día siguiente y durante todas las vacaciones, fiel como un perro al que le sacaron los ojos.

Y el atardecer, dorado, hacia el fondo de la finca, entre el mango y el jocote, como el silencio de un dios menor.

Carmen, al despedirse, siempre me abrazaba y me

CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE

Desde el pozo de tirador veía, a lo lejos, las copas de los árboles recortados contra el fondo muy gris del cielo. Iba a llover, de eso no cabía la menor duda si me lo anunciaba el dolor de mi rodilla derecha, la de la placa metálica. Fue cuando todo quedó a oscuras, luego del resplandor brutal y el ruido ensordecedor de la bomba que me arrojó por los aires. No sé cómo estoy vivo. Apenas recuerdo la tibieza de la sangre por mi pecho y unos compañeros que corrieron hacia mí. Uno era el doctor, mejor dicho Irene, la doctora.

—¡Rápido! —dijo ella—Usted, levántelo de las piernas. Yo lo llevaré de los brazos.

Así me arrastraron hasta el hospital, instalado de una vieja casa.

—¡Cómo pesa! —dijo agregó Irene, mientras el viento le abombaba el vestido— ¿Será que ya está muerto?

Se detuvo un momento. Al mirarme lanzó una sonrisa en tanto abría las piernas bronceadas, poniéndolas a la par de cada hombro. Luego me alzo de las manos. Hacia lo profundo, una especie de vapor de tela rosado dejaba

ver la mota oscura y perfumada de su vulva. Intente cerrar los ojos.

— ¡Está muy mal! —le indicó en tono grave al otro soldado-enfermero, mejor dicho, a la soldada Elena, su hermana— Lo voy a tener que operar de emergencia. Vaya usted de inmediato al frente y fíjese si quedó algún otro herido.

Del resto de mi batallón, me enteraría más tarde, solo quedaba el teniente Laverde, mi hermano, que se refugiaba en el hueco dejado por la bomba que me había herido.

— ¡Pobrecito! —me dijo Irene, acuclillándose sobre mi cabeza—, voy a tener que operar de una vez y sin a...n...e...s...t...e...s...i...a. No se puede perder ni un segundo.

Entonces se levantó el vestido, me volvió a mirar, sonriendo, y se agachó.

— Aquí es donde hay que extraer —balbuceó.

Luego me bajó el zipper y me zafo la faja, al tiempo que sus nalgas se mecían frente a mí, lentamente, conforme ella me bajaba los pantalones.

—Este es el problema. Es muy grande el daño, tal vez haya que amputar.

El perfume áspero y picante de su entrepierna rozaba mi nariz. La sangre se me apeloto de golpe en la cara y en el sexo, que ella sacó del calzoncillo.

— ¡Hum!—la oí decir—. ¡Este sí que es un problema! —y me lamió la punta del pene.

Una descarga eléctrica me paraliza por completo.

Ella comenzó a mover las nalgas, frotándose contra mi cara al tiempo que se engullía mi sexo. Lo succionaba a veces con lentitud, a veces con furia. Yo estaba embrutecido. Ella gimió y aceleró los movimientos en tanto que se frotaba contra mí. Gruñí de placer y, en un arranque instintivo, saqué la lengua y comencé a lamerla. Una humedad de caracoles comenzó a brotar. Ella comenzó a gemir chupándome el pene más y más hasta que pegó un leve grito. Tuve miedo: un ardor nunca antes sentido me dejó sin voluntad, subiéndome desde la raíz de la columna, para emerger por mi sexo morado. Un líquido, con un ligero aroma a nuez moscada, inundo la boca de Irene al tiempo que un espasmo se apoderó de mí, dejándome a punto de desmayarme. En ese momento llegó Elena, la enfermera-soldada, atraída por el grito de su hermana. Apenas pude verla de reojo. Se quedó helada mirando cómo Irene expulsaba con suavidad mi pene espumoso de su boca. Unas gotas le perlaban la comisura de los labios, desapareciendo casi de inmediato de una lamida.

Irene se levanto al ver a su hermana, se pasó la manga del vestido por la cara, para no dejar ninguna huella y, viéndome con una sonrisa vidriosa, le dijo a Elena, como si nada:

—Tuve que hacerlo...era cuestión de vida o muerte.

OTRA MÁS JOVEN

Llegué con la gallina hecha un parche: la sangre, ya café, enredada entre las plumas blanquísimas, y con enorme vergüenza. Toqué la puerta y nada. Con cierto alivio me disponía a marcharme cuando se oyó un “¡Voy!” muy débil. Segundos después ella abrió y me saludo.

— ¡Ah, sos vos! Pasá—dijo Elena y me metió de lleno en la penumbra de la vieja casa.

— ¿Está tu mamá?—

—No —respondió Elena desde las sombras —, anda con papá donde el doctor. Pero estoy yo.

Fue cuando me di cuenta de que ella apenas llevaba una delicada gargantilla de oro y una bata de rosado casi transparente. Una oleada de sangre me sacudió la cara. Ella se sentó en el sillón grande y me indicó que lo hiciera en el que estaba enfrente. Cruzó las piernas dejando una mano en medio.

A los quince años yo consideraba a Elena, de veinte, una vieja a la que, sin embargo, nunca podía evitar mirarle los pechos y las nalgas. Yo pensaba que ella no se daba cuenta.

— ¿Y eso? —bostezó, señalando la gallina muerta que colgaba de mi mano todavía.

— ¡Ah! —contesté, tratando de no fijar demasiado mi mirada en sus blancas tetas, que hacían enormes esfuerzos por no salirse de aquella prisión tan rala y ajustada—. Venía a preguntarle a tu mamá cuándo va a cobrar por esta gallina que mi perro la mató.

Troya, era un gigantesco cachorro mezcla de bóxer con pastor alemán que nos cuidaba la casa que colindaba, en el fondo, con la de la familia de Elena.

—Resulta —continué—que ayer se me escapó el perro y no volvió sino hasta hace un rato, totalmente embarrado y con un olor a mortandad que paraba el pelo. Al tratar de agarrarlo apenas dejó caer su presa: tu gallina.

En ese momento Elena se levantó y, tapándose la nariz, me indicó con exageración:

—Andá y la dejás en la pila de afuera. ¡Guácala!

Le hice caso y regresé al momento pero Elena ya se había ido de la sala.

—Estoy aquí —dijo desde una habitación contigua—. ¡Vení!

Las cortinas cerradas le daban una penumbra irreal a las diez de una mañana muy soleada. La cama estaba desordenada.

—Te gusta —ronroneó Elena, echando las nalgas hacia atrás, subiéndose la bata—. Es nueva, una tía me la trajo hace poco de los Estados.

Un hilo de seda rosada se adhería a su culo, asfixiándolo.

—Dicen que es la última moda. ¿Quieres tocar?

Y, sin dar tiempo a una respuesta, me agarro la mano contraria a la que sostuviera a la gallina y me la puso entre sus nalgas. Quedé paralizado.

— ¿Te gusta? —agregó con voz ronca al cerrar los ojos, morderse los labios inferiores, y sacar aún más el culo que frotaba contra mi mano.

—Lo mejor —continuó Elena con un suspiro—es que no hay que usar nada más debajo.

Entonces metió mi mano en su entrepierna y, jadeando y frotándose cada vez con más fuerza, gimió.

—...

Yo continuaba paralizado pero mi pene formaba un cada vez mayor palpitante ángulo de noventa grados contra mi pantalón. Instintivamente volví a ver hacia la puerta, temiendo que alguien nos descubriera.

—No te preocupes —agregó ella, adivinando mi temor—, mis papás llegan después de medio día.

De inmediato hundió mis manos entre sus nalgas, soltando un largo gemido al tiempo que se sacó los pechos de la bata:

— ¿Te gustan? —y me agarró el bulto del pantalón—. Eso de la gallina te va a costar...

Elena quitó i mano de su pubis. Estaba húmeda. Olió cada dedo, lamiéndolos. Luego se terminó de quitar la bata y se bajó la pantaloneta de seda rosada, con la que me tapó la cara al mismo tiempo que me tiraba sobre la cama. Un olor a almendras me inundó por completo, mientras ella me bajaba el pantalón para luego frotar su

sexo contra el mío. Gemía con una voz infantil que me excitaba aún más. Me quite su pantaloneta rosada de la cara y sus blancas y pecosas tetas se mecieron contra mi nariz.

— ¿Tenés sed? —carraspeó, y me las hundió en el rostro.

Su coño, ya hecho jugo, seguía frotándose contra mi pene. Agarró mis manos y se las puso contra sus nalgas. Las amasé al tiempo que puse mi dardo frente al panal de sus piernas. Elena bramaba al tiempo que se frotaba, hasta que de pronto se hundió entre mi sexo erecto de un solo y seco movimiento de caderas. Se sentó sobre mí, se arqueó hacia atrás y comenzó a moverse, al principio con fuerza, luego con lentitud.

—Vas a tener... —intentó agregar—...venir...a darme...

Luego, lo demás fueron quejidos agudos.

La tomé del pelo y la atraje para lamerle y morderle, así me lo pidió, los pezones. Finalmente me perdí entre su lengua de...

—...albaricoques —le dije.

— ¿Qué? —gimió.

—Que tenés la lengua de albaricoques —agregué entre jadeos.

—Qué albaricoques ni qué nada. Dejate de frutas y chúpame las tetas.

Fue cuando tuvo su primer orgasmo, lento, furioso. Me clavó las uñas entre los hombros. Sintiendo cada movimiento del pene, se retiró de golpe metiéndoselo en

la boca justo antes de que dejara escapar mi semen. En un segundo giro sobre sí para poder sorber cada gota, en tanto dejaba caer su coño agrandado y rojizo sobre mi lengua. Le metí la lengua lo más adentro que pude y un dedo se perdió entre su ano. Ronroneó y se desplomó sobre mí en un estado de semi-inconciencia, sin sacar el pene de su boca.

— ¡Elena! ¡Elena! —interrumpió doña Marielos, su madre, cuando entró a la casa dando un portazo—. Ves Juan —el padre—. No se puede dejar sola a esta muchacha. Apuesto a que todavía está durmiendo. Va a ver...

Sus pasos se dirigieron hacia el cuarto. Abrió la puerta de golpe pero lo único que encontró fuerón cobijas desperdigadas.

— ¡Condenada muchacha, quién sabe donde se habrá metido! Ni los platos del desayuno fue capaz de recoger.

— ¡Marielos! ¡Marielos! —interrumpió don Juan desde el patio trasero—. Vení a ver.

La madre se alejo justo a tiempo, porque la respiración de Elena estaba a punto de delatarnos.

—Mirá —oímos continuar al padre—, encontré a la gallina ponedora muerta. Está tirada aquí en la pila. Es como si la hubiera atropellado un carro.

—No puede ser —contestó la madre saliendo del cuarto—. ¡Pobrecita! ¡Qué tirada!

Yo intenté salir de debajo de la cama aprovechando que doña Marielos se marchó, pero Elena lo impidió. De espaldas a mí acomodaba su culo, frotándolo contra mi pene, que se ponía duro de nuevo, al tiempo que jadeaba

reprimiendo los gritos. Ronroneaba. Con una mano se abrió las nalgas y se puso la punta de mi sexo en la entrada de aquella caverna. Era mi primera vez por ahí. Con la otra mano me ensalivó el glande. Luego se echó para atrás introduciéndoselo con suavidad pero hasta adentro.

Por un instante pensé que por detrás debió ser mucho más difícil, tal vez ahora comprendía a qué se refería Elena cuando me decía que ella era « la líder » no solo porque ella era mayor que yo sino porque, sobre todo, sabía “cosas” que yo ignoraba. ¡Vaya si era cierto!

Elena se movía con una fuerza controlada y me mordía la mano. Le apreté las tetas y aceleré la penetración sin poder aguantar por mucho tiempo la estrechez y suavidad de aquella cavidad. Un orgasmo lento, casi doloroso, nos asaltó al mismo tiempo y con similar intensidad.

— ¡Elena! —gritó doña Marielos, volviéndonos a la realidad—. Va a ver cuando la encuentre.

— ¿Y ahora? —le susurré en el momento en que mi sexo flácido salía de su maravilloso culo.

Me levanté, tambaleante, y me puse la ropa. Ella también se incorporó, parecía estar borracha.

—Por la ventana —señaló al fin, al tiempo que se ponía pantalón y camiseta—. Vos andate por detrás del patio y te devolvés como quién viene a buscar a mi hermana Irene para ver si van a estudiar matemáticas en la tarde. Yo me escapo por el frente y me regreso como quien viene de tu casa, sin encontrarte, para decirte que mi hermana no puede estudiar hoy porque se fue donde

la abuela.

— ¿Y la gallina?—

— ¿Cuál?... ¡Ésta! —y se agarro el pubis—. Bueno, con respecto a eso, yo oí un frenazo y cuando salí a ver, apenas distinguí un carro rojo que se perdía cuesta abajo y a la gallina ponedora destripada en media carretera. La recogí y la puse en la pila... Todo fue en la mañana, por aquello de la sangre seca.

Abrí la ventana y me tiré sin hacer ruido alguno. Luego me volví y llamé a Elena por señas. Se asomó y le alcé la camiseta para darle un beso en un pezón.

— ¡Upe! ¡Upe! —dije, al rato, saliendo por detrás del patio de la casa de Elena.

— ¡Muchacho de Dios! —me contestó doña Marielos—. ¿Cómo ha estado? ¿Y esa sorpresa, usted aquí tan temprano?

—Es que vine a buscar a Irene a ver si vamos a estudiar en la tarde.

—Pues fíjese que casualidad, Elena acaba de regresar con el recado de que Irenita no iba a poder estudiar hoy con usted porque se fue a pasear a donde mamá. Con razón no lo encontré. ¡Elena, hija, vení un momento!

Y vino Elena con su pelo alazán y su coño de albaricoque contra el mediodía. Y vino Elena desde la penumbra de la casa con sus nalgas de menta, su guiño vidrioso, el deseo disimulado y húmedo en su sonrisa de medio

lado, como nunca dejo de venir en casi todos los medio-días de aquel verano de mis quince años.

Ese día doña Marielos insistió —y cuando lo hacía no se podía decir que no, misma característica que heredaron sus hijas— en que me quedara a almorzar un caldo de gallina que recién estaba preparando con la ponedora blanca, que ella misma había sacrificado temprano en la mañana.

—Porque usted sabe —continuó doña Marielos—, aunque ya esta gallina dio lo que tenía que dar como ponedora siempre se debe aprovechar. Como decía mi abuela: “nunca es tarde cuando la dicha es buena”. Y es que el secreto de las gallinas ponedoras está en saber cuándo hay que darle paso a otra más joven.

Desde el pozo de tirador

“La lluvia en julio es suave fría y gris. No dan ganas más que de sentarse a mirarla detrás de una taza de café con ron ojalá desde una ventana por donde pasen mujeres hermosas”, me sorprendí pensando justo cuando la gotera de mierda del techo de la parada me cayó en la cara, mojándome los anteojos. Odio que se me mojen los lentes.

(Él se mueve ligeramente a la derecha mirando de soslayo a la chica de la falda roja. Rubia deliciosa, aquí comienza la historia: piernas cruzadas, mirada como de sí pero no y a lo mejor quién sabe. Él se pasa al otro lado de la banca: el juego de que ella no ve que la ven, pero le gusta, y se inclina, como por pura casualidad, hacia delante: escándalo de tetas, blancas y pecosas, sin sostén. La última vez que vió unos pechos así fue cuando Elena, hacía más de cuatro años, hecho que, sin embargo, ni siquiera recordó.)

Fue cuando la vi. El bus ni aparecía. Pasó un taxi, ocupado como siempre, majó un charco y nos pringó a todos. A la rubia de la falda roja le entró un chorrito de agua café por entre las piernas, directo al paraíso. Ella entonces apretó los dientes, se puso de pie y se dejó engullir por un autobús que apenas se detuvo, marchándose de inmediato dejando tirados a una señora y dos colegiales.

Fue cuando la vi. Imponente Mercedes Benz negro viniendo a cien por hora para detenerse frente a la parada, frente a mí. Vidrios polarizados, automáticos, bajando. “¡Hola!”, dijo, y se quitó los lentes, también negros.

(Morena suculenta con un borbollón de piernas bronceadas dirigiéndose hacia él. Morena suculentísima en minifalda negra de cuero. Mujer en camiseta de cuero negro sin sostén: pechos pequeños, ezones erectos, muy erectos.)

“¡Hola!”, dijo de nuevo, “¿para dónde vas?”

(Labios de chocolate.)

“¿Yo?... ¡Hola!...Bueno, la verdad yo...”

(Cruce de piernas. Punta de lengua bordeando, lenta, los labios.)

“¿Vas para la universidad? Vení que te llevo”. Abrí la puerta, me quité el salveque y lo puse junto con los

libros en el piso del carro. “Salomé y vos”. “Alejandro, mucho gusto”. “Eso espero”.

(Mano de ella sobre rodilla de él.)

El carro aceleró rumbo a la Universidad. Por un instante me sentí el rey del mundo. La succulenta morena deslizó su mano sobre una luz roja y un sonido cuadrafónico nos inundó con *Smooth Operator*...

(Ella se pone lentes negros y mira por el retrovisor, lo ve y le sonríe. Él siente un golpe seco en los testículos. Ella se quita los lentes para colocarlos entre su blusa, para impulsarlos, lentamente pero sin detenerse, hacia el ombligo: aureola de pezón violáceo, mano que sigue para abajo: teta al aire; el otro pezón que resiste hasta ceder de golpe: otra teta temblando.)

La chica se rió, me lanzó un beso, dio un giro al volante y aceleró en dirección opuesta a la universidad. Yo, por instinto, me puse una mano entre las piernas.

(Ella adelanta un autobús. Tetas al aire. Ventanilla semiabierta. Dos colegiales sacan sus cabezas. No creen lo que ven. Él tampoco. Ella ríe, su mano sobre la de él.)

“Tonto”, me dijo en medio de aquel vaivén de pechos, con aire infantil. Luego me agarró del pelo con

fuerza, tal vez demasiada, me hizo una caricia con sus uñas y me tomó la mano, metiéndosela entre sus piernas hasta que la anidó entre su coño, jugoso a través de una delicada tela.

(Ella dobla hacia una calle solitaria en medio de una lluvia muy fuerte que hace al vaho tejerse en las ventanillas. De pronto un dedo sobre una lucecita verde da paso al aire tibio contra el vidrio. Ella gime.)

Un momento después me sorprendí mordisqueándole los pezones.

(Piernas abiertas de ella, dedo de él bordando su raja de miel. Dedo que corre pequeño tejido transparente. Mano que sube por culo. Frenazo.)

Un golpe en la cabeza interrumpió mi columpiar de lengua.

(Ella levanta el culo, él le baja la delicada tela. Dedo que se hunde entre el coño. Gritos, jadeos. Mano que separa nalgas. Otra mano dirige dedo hacia atrás. Mirada de ella enturbiándose. Dedo que se mete de un tajo. Grito. Espuma en la boca. Vaho total en las ventanillas polarizadas. Respaldares hacia atrás. Otro dedo hasta adentro. Él muerde pezones, lengua-caracol hacia ombligo, coño.)

Le levanté el culo, y la chica lo apretó para que no se le salieran mis dedos un milímetro.

(Lengua-culebra-barreno alrededor de clítoris. Mordisco-lamida entre su sexo-calamar. Gemido. Ritmo de los dedos, por detrás, igual que lamidas.)

La chica tuvo su orgasmo al tiempo que me clavó las uñas. La lamí con furia; tuvo otro orgasmo.

(Ella se amasa las tetas. Aprieta mano de él contra su ano. Dedos-anzuelos en su lago de peces-hambrientos. Ella se mete su propio dedo.)

Entonces me agarró del pelo con fuerza, tal vez demasiada, me besó metiéndome la lengua, al mismo tiempo que se masturbaba con extrema lentitud. Tuvo otro orgasmo. Agarró mi sexo a través del pantalón. Volvió a masturbarse, esta vez con mayor fuerza, y se regó de nuevo. Llovió más. Luego de unos momentos, que no hacían más que aumentar el ardor de mi sexo, me quitó el pantalón.

(Picha-pelícano salta brillante, morada. Ella se tira hacia delante. Él saca los dedos del culo. Ella gime, se le acerca y se la chupa. Lengua-lijja bordeando punta de verga.)

“Cho...co...la...te”, dijo la chica deteniéndose en

cada sílaba.

(Lengua-abeja chupando verga. Boca-naranja tragándose.)

Cerré los ojos y su mano libre me acarició los testículos con fuerza, tal vez demasiada.

(Boca-succión. Boca-arena para picha-cangrejo)

La chica tuvo otro orgasmo; era una máquina. Jamás, no sé por qué lo pensé en ese momento, me casaría con una mujer así.

(Ella espumarajos por la comisura de los labios. Ella abriendo piernas. Él como un idiota. Ella levantando verga hasta su clítoris. Ella frotándose contra la columna de carne. Ella metiéndose en coño-jaguar. Ella bramidos.)

Oleadas de placer golpearon mis testículos y mis sienes. No podía resistir mucho. La chica se dio cuenta y se calmó un poco. Luego me apartó, se dio vuelta agarrándose de la manivela y me ofreció sus nalgas.

(Año de pan rosa bermellón. Él se lo va a lamer, pero no puede. Él le va a acercar la punta de su verga, pero no puede. Ella va a gemir, gemir, gemir, pero no puede. Él se la querrá meter con todas las fuerzas, pero no podrá.)

Yo me tiré hacia atrás y sentí los hilillos de aire caliente que salían de una rejilla haciendo el vaho que lamía las ventanas del carro, cuando un hombre flaco, alto, rapado y con una falda amarilla pringada de barro, se subió para ofrecer *Un libro de recetas con productos completamente naturales que lo salvarán del cáncer en la próstata además de reponerle el equilibrio espiritual perdido en medio de esta vida materialista y corrupta regida por la lujuria también tenemos otro de medicina natural y un incienso de sándalo y mirra por solo...*

Los anteojos se me llenaron de vaho, el autobús iba repleto y yo me moleste muchísimo porque odio que los lentes se me llenen de vaho. La mujer de la minifalda negra, en aquel Mercedes Benz negro, hizo el alto a la par del autobús y apenas, por unos momentos, pude verle aquellas piernas bronceadas y torneadas. Ella también me miró, yo sé que me miró, y se quitó los lentes negros, mordisqueándolos provocadoramente, mientras se pasó una mano por los pechos sin sostén, tocando sus pezones. Me volvió a sonreír, mirándome directamente a los ojos, yo sé que me sonrió. Luego aceleró y se perdió entre la calle platinada de lluvia. Apenas pude verle la placa 1170rayaPanamá.

“Tal vez me está esperando en la próxima parada”, me sorprende pensando mientras toco el timbre, busco la salida y en el radio termina de sonar el Gran Combo con su *Oye Salomé, perdó-na-lo, perdó-na-lo...*

LA NOCHE ANTERIOR

De las tres hermanas, Elena, Irene y Flora, las que más me llamaban la atención eran Carmen y Rocío, las primas. Rocío era la mayor de todas y pronto iba a casarse. Tenía un cuerpo exagerado. No es que fuera gorda, por el contrario estaba muy bien formada, solo que parecía tener el cuerpo de dos mujeres en uno. A veces, cuando le daba clases de recuperación de matemáticas a Irene, Rocío se paseaba a nuestro alrededor enfundada en una muy ajustada bata transparente. Yo no entendía como no estallaba aquel cuerpo de mujer tan extremo pero firme y sin una sola gota de grasa. Nunca le dije ni le insinué lo tanto que me atraía. Todo, sin embargo, cambiaría la tarde en que descubrimos aquel extraño naipe en un viejo cofre enterrado en el patio de la casa de sus tres primas. El cofre contenía, además de las cartas, una advertencia y unos frascos con unos polvitos de varios colores.

En ese momento doña Marielos, su tía, vino hasta donde estábamos para llevarse algunos mangos maduros. Rocío, entonces, guardó el cofre entre un bulto de ropa seca que había recogido y quedamos de vernos en la

noche, después de la cena, en la casa que recién le había construido la tía, al fondo de la propiedad, como regalo de bodas.

Llegué por detrás de la casa sin hacer ruido; la puerta estaba entreabierta. Una vela alumbraba la sala donde estaba Rocío, sentada, con la mirada perdida en la llama. Llevaba un pañuelo de seda alrededor de sus pechos y otro que apenas se podía distinguir entre sus nalgas y su pubis, cuyos pelos rubios sobresalían en ramillete. Respiré hondo; ella, entonces, me miró y me indicó que me sentara enfrente. Al lado de la vela estaba el extraño naipe acompañado de lo que entonces supuse era un puñado de ceniza. Flanqueando la llama y las cartas, Rocío había acomodado los seis frascos en dos triángulos. Enseguida tomó el rojo y me lo ofreció. Pensé que aquello era un juego; sus pechos me habían convencido con facilidad, de modo que bebí su contenido sin prisa: acre, frío.

—Otra de tus famosas bebidas —le dije.

Rocío había sido educada en la medicina natural por doña Fe, la vieja canadiense que fuera desahuciada por un cáncer en el estómago: *Darme tres meses de vido, pero ya ver, llevar trece años aquí. Yo curarme con medicina natural y oración In Solar God of the Universe*, solía contar siempre que llegábamos *las muchachos*, como nos llamaba, a visitarle para comer su mayonesa con menta, sus galletas de afrecho, aquellos espaguetis de espinaca.

Rocío se levantó muy lentamente, demasiado, y me ordenó que me quitara los zapatos. Luego comenzó a ejecutar una danza a mi alrededor. Movía el vientre para adelante y para atrás con meticulosa lentitud. Sentí la tensión creciente de mi verga al ver aquellas nalgas y tetas, tan grandes y firmes, moviéndose bajo el haz amarillento de la vela. Un escalofrío me lamió la espalda. De pronto me descubrí danzando a su lado al compás de su música imaginaria. Rocío se acuclilló frente a la mesa en donde barajó el naipe y sacó tres cartas que puso hacia abajo. De inmediato metió su mano izquierda en un frasco amarillo y trazó con el polvo que extrajo, un círculo de izquierda a derecha a nuestro alrededor. Al mismo tiempo masculló algo y con los ojos brillantes pero extraviados, me indico que levantará los brazos. Me quitó la ropa casi sin rozarme. Rocío se quedó boquiabierta ante mi verga tiesa. No entendí por qué yo aceptaba todo aquello con total sumisión. No obstante que no me tocaba, sentía su lengua recorrerme como una serpiente.

Instantes después de nuevo bailaba con ella alrededor de la vela, los frascos y las cartas. Un calor pegajoso inundó la habitación. Rocío sacó otra carta y chilló. Tuve miedo. Las cartas cambiaban de forma y color vivísimos, con cada vuelta que daba. De un tirón se quitó el pañuelo de seda que cubría sus pechos. Luego hizo un arco con su cuerpo sobre la vela y sacó de otro frasco, siempre con la mano izquierda, un polvo púrpura que arrojó contra la llama. El humo que produjo, carrasposo y asfixiante, subió como una serpiente gris hacia su sexo, donde se

perdió. De inmediato Rocío dio un salto y comenzó a mover las caderas con lentitud, circularmente, de derecha a izquierda. Luego se quitó el otro pañuelo que le ocultaba los genitales. Sacó la lengua e infló la boca. Sentí que mi pene se humedecía. Tuve un calambre desde la base de los testículos y me detuve, sudando a chorros y tambaleándome. Rocío tomó, entonces, un polvo muy negro que tiró sobre la llama seguido de uno verde. Estornudé de inmediato. Todo giró y la habitación me pareció, por un instante, estar hecha de piel vista desde adentro. Una humedad vertiginosa y tenue se apoderó del lugar. Ella se comenzó a mover como si golpeará a alguien con latigazos de vientre. Con cada sacudida mi verga se ponía más tiesa y la sangre más espesa.

Rocío se dio vuelta, arrodillándose de espaldas a mí y dio tres pequeños golpes con el empeine del pie. Con las manos se abrió las nalgas y las puso en dirección de mi verga. Sentí un empujón hacia ellas. Un escalofrío, como un escarabajo de baba, me recorrió la espalda. Su ano era una anémona rosada que se abría desde adentro, con movimientos propios, hacia mi sexo duro y palpitante. La habitación giró de nuevo y sentí los vapores de aquellos polvos de colores que Rocío arrojara sobre la vela. Un pozo sin fondo, húmedo y oscuro me engullía. Quise gritar pero mis alaridos se convertían en hilos de polvo. Antes de desmayarme alcance a mirar a Rocío. Ella era solo una masa gelatinosa, entre verde oscuro, rojo sangre quemada y gris ceniza, que se movía delante de mí, engulléndome por las nalgas. Mechones de hollín y óxido

salían de su cabeza. Quise vomitar pero me quede paralizado. Ella se volvió para mirarme: la cara era un garabato donde sobresalían aquellos ojos verdes brillantes y viscosos. Su boca de tizones expulsó un nombre incomprendible y su mano, en forma de serpiente delgadísima, me rodeó por la espalda. Con el filo helado de su uña larga y pútrida me dibujo algunos arabescos a la altura del coxis. Perdí el conocimiento cuando eyaculaba, al tiempo que una risa metálica me golpeaba las sienes.

La mañana se hizo más lenta y calurosa que de costumbre. Desnudo, cansado y carcomido de sudor, desperté con un fuerte dolor de cabeza y en el vientre. De un líquido amarillo a medio cuajar, una lengüeta colgaba de mi boca hasta mi sexo magullado. Al principio no supe donde estaba, luego reconocí mi cuarto, atrás de la casa. Ráfagas de sabor acre inundaron mi estómago, aunque no recordaba haberme emborrachado la noche anterior. Me cubrí con mi toalla preferida, negra con un jaguar tejido con un amarillo chillón, y salí dando tumbos. En la cocina estaba la esposa de mi primo, desayunando. Aunque yo les había ofrecido que se quedaran en mi casa por algunos días, mientras él conseguía un trabajo fijo, ya empezábamos a sumar meses, comenzando a ser difícil para todos. Me ofreció un café que apenas probé. El reloj dio las once y la mañana pareció una naranja podrida. Poco a poco, con voz entrecortada me fue contando todo. Mientras Juan, mi primo, dormía, ella, como todas las

noches, leía la Biblia. Al ser las doce y al apagar la luz para dormirse, vió que una sombra entraba por el garaje, rumbo a mi cuarto. Pensó que era yo.

—Pero sentí un escalofrío.

Decidió entonces recordar algún versículo apropiado para la ocasión pero al cerrar los ojos escucho que algo arañaba las paredes.

—Pegue un grito y desperté a Juan, quién se iba a levantar a ver qué pasaba pero no pudo moverse.

El miedo lo tenía paralizado.

—En ese mismo momento el chiquito se despertó llorando. Los tres teníamos el corazón hecho un puño.

Luego la esposa de mi primo me contó que me llamaron a voces pero yo no contesté. Los arañazos eran cada vez más fuertes hasta que un silencio de hielo fue roto por el ruido de algo, tal vez una zarigüeya, que se arrastraba por el techo. Enseguida sintieron olor azufre quemado y comenzaron a orar, *ten piedad de nosotros, abrazados, ten piedad de nosotros, al hijo ten piedad de nosotros ahora y en la hora...* Después de un largo rato todo quedó en silencio.

—Hacia la madrugada nos quedamos dormidos más por cansancio que por otra cosa. ¡Muchacho!, ¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué tenés esas ojeras tan grandes? Juan dice que aquí vive el demonio y que hay que traer a un padre, porque si no nos vamos a tener que ir.

“¡Por fin!”, pensé en aquel momento, antes de contestar con una sonrisa más bien acartonada.

—Son pesadillas de ustedes. Nadie los tiene comien

do tanto antes de acostarse —contesté al fin antes de ir al baño.

Entré, encendí la luz y, al mismo tiempo que el paño que me cubría el cuerpo resbaló, dejándome desnudo de espaldas a la esposa de mi primo, oí su grito. Nunca sabría que aquella mujer, al verme, creyó descubrir una lengua verde y viscosa que se movía a la altura de mi coxis. Mi cuerpo se volvió hacia ella, pero algo cerró la puerta. Una estocada en la boca del estómago me dobló el dolor. Lentamente me incorporé y pude ver, contra la brillante pátina verduzca del espejo, cómo la cabeza de serpiente se asomaba desde el fondo de mi boca, con ojos verdes y viscosos.

“¡Rocío!”, intenté decir, cuando un nudo de sangre me atenazó la garganta antes de caer muerto.

LA SEÑORITA ÁLVAREZ

A Rocío nunca la vi a solas como sí pudo mi hermano mayor, el que nunca regreso. Ella me daba miedo. Cuando la veía, escalofríos como cucarachas me recorrían la espalda. Por dicha pronto se casó con Miguel, el que manejaba aquella enorme vagoneta roja, y se fueron a vivir a Puntarenas. Lo raro fue que nadie, nunca, supo más de ellos. A mí siempre me gustó su vagoneta toda amarilla y gigantesca, aunque más me gustaban mis dos camiones. Uno azul, capota verde olivo y una estrella blanca en la tapa del motor, lento pero muy fuerte; el otro gris, también capota verde olivo y un desteñido signo jipi en cada puerta. Nunca fallaban. El problema fue que, para las siguientes vacaciones, Elena ya tenía novio y, aunque siempre hacíamos nuestros juegos en secreto, después de aquella tarde en que jugábamos con Alexandra, la hija de los millonarios que tenía su quinta de verano en medio de ambas casas, nada entre nosotros fue igual. Es cierto, aún estaba Irene, pero pasábamos juntos muy poco ya que llevaba clases con profesores privados. El asunto es que ya nada era igual. Por dicha las vacaciones

se acabaron más bien rápido y entré al colegio. Digo dicha porque jamás habría imaginado lo que me esperaba, o mejor dicho, quienes me esperaban: Osiris, Maureen, Xinia, Ana y Marta, la más linda de todas. Aunque también estaba la inflexible profesora de ciencias, la señorita Álvarez, de unos treinta y dos años. Para casi todos, una anciana, menos para mí.

La primera en tener problemas de conducta fue Osiris, una morena y flaca compañera que, de seguro, lo único que iba a lograr era una panza a los quince años. Cuando la selección de fútbol del Cole terminaba de entrenar, ella se metía, nunca se supo cómo, bueno, yo sí, pero nunca lo dije, en los baños de los hombres “y se cogía con todo el equipo, a veces de uno en uno, a veces de dos en dos y hasta de tres en tres”, según decían los muchachos. Yo nunca lo vi. Osiris era insaciable, le decíamos “la aspiradora”. Pensábamos que estaba loca pero eso a nadie le importó, todos la queríamos mucho. Siempre era la madrina del equipo. “Sus piernas eran fuego puro”, decían.

Recuerdo las tardes cuando el invierno casi se iba. La cancha quedaba resbaladiza y venían los retos entre el equipo de las mujeres y los amigos de mi barra: Marco Libio, Moisés, Frank, Álvaro, Coco y yo. Como éramos seis contra cinco, las chicas se reforzaban con Orieta, la mejor amiga de Xinia, una extraña flaca lisa como una tabla, con el pelo siempre corto, que pateaba como una mula. Las mejengas siempre eran guardadas en el mayor de los secretos. Por eso las jugábamos en la canchita del

abuelo de Coco, donde nadie venía nunca. Todo comenzaba en el recreo grande y siempre por iniciativa de ellas. Casi siempre Maureen, la más desarrollada y que hacía de capitana del equipo, era la que se me acercaba, o a Coco, con el cuaderno de retos:

—Hoy a las tres —decía al abrir el cuaderno cuidando que nadie más lo viera—. Esto se jugará.

Entonces se veían pechos, nalgas, un sexo de mujer peludo, que más parecía un gatito, un pene entre una boca pintada de rojo a mano, dos mujeres con un hombre, o entre ellas, y muchas otras cosas.

—Si ganan, escogen —agregaba como quien no quería la cosa—. Si pierden, nos toca a nosotras.

Por cada gol se pedía prenda, cada cinco goles había cambio de cancha, y a los diez se daba el medio tiempo, cuando se imponía un castigo a quien fallara más. Se valía de todo menos golpearse: abrazar, tocar, chupar, amasar en cualquier parte, siempre y cuando alguien atestiguara que el otro o la otra había fallado, lo cual era por supuesto, lo más común. Aún recuerdo como Marco Libio, que era el centro delantero, siempre se burlaba a todas pero al llegar donde Osiris, la portera, le adelantaba la bola para que ésta la agarrara y poder tirársele encima para acariciarle los pechos, sacándole uno, casi siempre para chupárselo. O bien le metía la mano entre las piernas que Osiris siempre dejaba bien abiertas. Entonces Xinia, que era la defensa central, se unía a su compañera y se revolcaba con los dos para que Osiris quedara, al poco tiempo, con el pene de Marco entre la boca, chupándolo como

si fuera un helado de mora, lo cual era aprovechado por Xinia para empezar el contragolpe. Casi siempre yo, que era el extremo izquierdo, me le tiraba encima: forcejeábamos hasta que al fin le quitaba el calzón. A partir de ahí Xinia se pasaba a ser el lateral para marcarnos cuerpo a cuerpo sin poder correr entonces por ninguna bola. Su sexo era azúcar. Y nadie ni nada conseguía separarnos. En fin, casi siempre nadie metía un gol y ninguno tenía fuerzas para un segundo tiempo.

Pero, en realidad, a la que yo quería era a la señorita Álvarez, aunque en clase, cuando apagaba la luz para proyectarnos sus diapositivas de reproducción celular, siempre una lengua encontraba su igual, unas manos un pecho. No fue una vez cuando un zíper se abrió, unos calzones bajaron, guardándose enseguida en cualquier bolso, para dar paso a que el *aparato reproductor masculino, compuesto por...* se perdiera entre una vulva.

Nunca voy a olvidar esas clases, aunque yo a la que quería con todas mis fuerzas era a la señorita Álvarez, excepto cuando me obligaba a pasar al frente para resolver un problema. Ella no paraba de decir que quería ayudarme, que por mi bien, que porque esto, que por el otro. Entonces yo la odiaba. Sabía que arreglaba todo aquello para verme sufrir... Pero un día de estos, en lugar de ir a nuestra mejenga secreta, me iba a ir a su casa y al entrar pateando todo a mi paso iba a montar a la señorita Álvarez como una yegua en celo, a la maldita. Y no como ahora que me obliga a ir al frente con su risita medio disimulada que también iba a patear ese día y no como

ahora que tengo que ir al pizarrón con mil malditas piernas arrastradas por estas muletas que me sostienen y estos arneses como una telaraña de metal que tengo que usar desde que nací para poder arrastrarme como una babosa en medio del borbollón de cuerpos de los malditos compañeros y sobre todo de la señorita Álvarez a quienes tanto odio.

PRESAGIO

Esa mañana, como siempre, me agarré a una descarga de agua fríísima en la ducha para poder despertarme. Antes, como siempre, me afeité rápidamente con una navajilla muy usada. En ese momento no le presté atención al tenue verde de las ojeras, demasiado pronunciadas además. El tiempo me tiró del bozal hacia el trabajo. Sentí frío, mucho frío. El llavín y mis llaves funcionaron igual que a lo largo de los veinte años, puntuales e insabores. Abrí sin mucha convicción y entré esbozando un saludo para nadie. En la oficina todo estaba igual que el día anterior, es decir, igual que en los últimos siete mil trescientos días. Antes de la creación, me dije, seguro de que esta oficina estaba igual que el día anterior. Tuve más frío.

Al principio no me importó que nadie notara mi presencia, incluso me produjo una sensación de bienestar. Solo si hablaba directamente a la cara con alguno éste me dirigía su atención mecánica. Pero al dejar de verme era como si me esfumara en su presencia. Con el transcurrir pegajoso de la mañana, la sensación de bien

estar cedió a un sentimiento de angustia y rabia que se atoraron en la garganta. “¡Que se vayan a la mierda!” me sorprendí pensando, mientras le hacía una interminable punta a un lápiz.

Me fui al percolador y me serví el café de media mañana. Al sorberlo, un insoportable sabor a pájaros quemados me raspó la garganta. Tiré el vaso y, temblando, me dirigí hacia el baño. Alguien camino hacia el percolador y, al pararse sobre el charquito de café, soltó un insulto seco acompañado con una rabia desmedida con la que machacó y machacó el vasillo de cartón. Sentí frío, mucho frío. No pude más, entré en el sanitario y vomité en el lavamanos. Al incorporarme, en lugar de ver mi cara en el espejo alcancé a distinguir la figura de un hombre apenas cubierto por una toalla negra con un jaguar tejido con un amarillo chillón, se volvía hacia una mujer, en el mismo momento en que algo cerraba la puerta. Sentí como propia una estocada en el estómago de aquel hombre que lo doblo de dolor. Vi como se incorporaba lentamente para descubrir, contra la brillante pátina verdusca del espejo, la cabeza de serpiente que se asomaba desde el fondo de su boca, de la mía, con ojos verdes y viscosos. Luego un nudo de sangre me atenazó la garganta, antes de caer. Fue cuando supe que estaba muerto. Entonces salí corriendo.

Busqué la parada de autobuses más llena pero, al mezclarme con los demás, no pude soportar la sensación

de babosa inmensa en que se convertía todo. Me alejé. Aún tenía que despedirme de ella.

De camino los pensamientos se me entiesaron en el cráneo. No podía respirar. Sentí más frío y busque en mis bolsillos algo que me sostuviera del mundo: encontré mis llaves. Caminé más rápido. “Tengo que llegar”, me dije. La ciudad parecía estar hecha de arena y yo de baba.

Al llegar a su trabajo iba a ser la hora del almuerzo. La descubrí a través de una puerta de vidrio. Terminaba de teclear, apresurada, en la computadora.

—¿Quién subió el aire acondicionado? —dijo, y su nariz se puso roja, como en las madrugadas de invierno cuando, desnuda, yo la cobijaba de nuevo, besándole la nariz.

Por instinto miró hacia la puerta de cristal, directamente hacia mí. No me vio, se ajustó el abrigo y apresuro a dos compañeras para que la acompañaran a comer. Lágrimas negras surcaron mis mejillas verdes. Un inmenso dolor aleteó en el lugar del corazón. Me alejé. No la vería nunca más, nunca más.

Trace unos pasos sin rumbo fijo. Me sentí una llaga con piel. Ráfagas de frío me atravesaron el pecho como cuchilladas. La tarde, reptil agonizante, lanzaba sus últimos e inútiles espumarajos. Una ligera llovizna plomiza cubrió la ciudad. Di el último paso y me desplomé, desmoronándome lentamente bajo el peso del sentimiento de extrañarlo todo en un solo y brevísimo espacio sin tiempo. La noche más negra del mundo, como un batir de pájaros quemados, cayó sobre la ciudad.

MARDOCAI

Ése era su nombre. Ahora lo sé y no como en aquellas noches cuando la luna chorreaba por los ventanales. Hasta ayer yo era la coas más feliz de la esquina, de la ciudad, del mundo. Hoy todo está perdido y no hay entre los muertos ser más desdichado que yo. Hoy, llevo aquel sombrero gris que, yo sé, siempre te gusto. Hoy me encuentro, de nuevo, como siempre, en nuestra esquina. Pero ya no estás, nunca más estarás, nunca más te veré. Parece como si te acabara de conocer, vestida con aquella minifalda negra de piel de carnero y aquella blusa blanca, casi transparente. Llevabas, además, botas altas y bolso también de negra piel.

Recuerdo la primera tarde en que te vi. Supe desde ese momento que te amaría para siempre, más que nada en mi vida, más que a nadie en la esquina, el barrio, el mundo. Recuerdo cómo deseaba llorar de emoción al verte bajo la lluvia ámbar del farolito de nuestra esquina. La misma del hombre de los ojos muertos, el de la guitarra y la armónica que siempre cantaba: *Quiéreme, quiéreme mucho, como si fuera esta noche la última vez*. Siempre quise llorar al verte pero nunca lo hice. Yo nunca pude

llorar por nada.

¿Yo?...nadie. Nunca fui nadie para vos. Nunca una mirada, aunque si ese desdén, ese cruzar de piernas, tu seductora manera de ser indiferente, tus blusas, casi transparentes, abiertas más de la cuenta para mí. Porque siempre supe que todo era para mí. Aunque estuvieras con los de tu clase, todo era para mí. Aunque nunca una palabra, una sonrisa, una mirada; nada. Siempre nada. Y yo, siempre puntual a las seis de la tarde en la esquina de verte. Te escribí poemas: *Solo vos capaz de lluvia de pezones. O aquel de te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo...* Pero nunca me atreví a dártelos, ni a decirte nada. Sobre mí siempre pesaron nuestras diferencias. Jamás, me decía, ella se fijaría en alguien como yo que durante toda su vida viste capas de bombero o sombreritos grises con trajes pasados de moda y apolillados que ellos, los dueños, hacían que me pusieran. Por vergüenza nunca te dije nada.

¡Ah Mardocai, mi amor! Porque ahora sé tu nombre. Mardocai del alma. Mardocai de la única esquina que ha sido mi hogar. ¡Ah Mardocai!, siempre nos separó una calle imposible, como una cuchillada en medio de las cejas. Hoy todo es rojo. Te has marchado y han puesto a otra en tu lugar. Pretenden ponerle tu nombre, se te parece pero yo conozco la mentira. Ella sí me mira pero yo no la amo; la odio como a todo en la esquina en que no estás.

¡Ah Mardocai!, ¿por qué tenía que ser precisamente

hoy el día en que te marchaste? Hoy que llevo, por primera vez, traje fino, caro, hecho a la medida. ¡Ah Mardocai!, gritaría si pudiera. ¡Ah Mardocai!, entre las dos vidrieras siempre habrá un silencio irrevocable como una lluvia de mariposas muertas ¡Ah Mardocai!, moriría si pudiera. Te amo.

TÁCORA ASÍS

...Nunca me importó, Tácora hermosa, bandera mía, que después de ese día no te bañaras nunca más. Ni que tampoco te quitaras la bata blanca donde habías tejido aquella casita blanca de tejas con horcón y celaje dorado. Ni que a partir entonces no volvieras más a lo que llamabas “la lucha tenaz de fecunda labor”, ni que comieras y comieras y te produjeras vómito para seguir comiendo. Se te enrojeció la faz y las sobras se te enredaron en el pelo donde hicieron nido hormigas y moscas que exacta expresión de tu vida me daban. Tampoco me importó que te pasearas semidesnuda cuando traía compañeros de trabajo.

¡Oh Tácora, rica y gentil! ¡Asís del alma! No me importó que se te olvidara mi nombre y me dijeras Mainorcito, Manolo, Luis Alberto, Osquitar, José María, Rafael Ángel Miguel, para que a los pocos días ya ni eso pronunciaras. No volviste a hablar más, pero eso para mí no fue problema, ni que ofrecieras tus tetas verdosas, tus nalgas y tu sexo rancios a cualquiera que visitara la casa: hombre, mujer, perro. Tampoco me importó que fornicaras con otros frente a mí, tosco y manchado que soy, para que luego me vomitaras con sangre y semen. Lo único que quería es que estuvieras para mí cuando regresaba del trabajo. Así tenía que ser, así nos lo habían en

señado bajo el límpido azul de tu cielo.

Cuando oliste muy mal, ¡oh dulce abrigo!, ¡oh Tácora!, y se te lleno el pelo de cucarachas, no traje a nadie más a casa. Solo quería amarte, arte sustento con la carne de mi carne; por eso no me importó que se te cayeran los dientes. Incluso me llegó a gustar el rechinar de mi herramienta viril contra tus mandíbulas huesudas. Tampoco me pareció importante el día en que te salieron gusanos por la boca, orejas, sexo y culo. Te la metí como siempre te gustaba, ¡Tácora mía!, ¡costa linda! Donde atracar mis deseos. Ni cuando tu cuerpo no fue más que una masa de gusanos y moscas te dejé; más bien esa mañana decidí no volver más al trabajo porque mi vida era solo vos.

Aunque te habías podrido te chupé cada pedazo de piel, de carne. Tu sexo estalló de tanto que lo usamos. Recogía entonces mi semen, mi prestigio y mi honor, te embadurnaba la escuálida figura para luego lamerte como un labriego sencillo. ¡Oh Tácora mía, raíz, abrigo y sustento de mi alma!, cuando no fuiste más que un pedazo de piel seca y curtida, limpia y pura, seguí amándote: eyaculaba entre tu boca hasta que me salía sangre. Toda mi vida no fue entonces sino un gotear oscuro del que hasta los insectos huían.

Me he muerto de vos, que te han matado, que te he muerto. Me he podrido de vos, con tu cabeza reluciente entre mis piernas y tu nombre como una telaraña de baba en el alma. ¡Oh Tácora, Asís mía!, soy tu más fiel perro, tu más grande amante entre la carroña de esta vida en que te han convertido. ¡Tácora del alma, país mío donde podrirse de amor! Yo me baño en sangre mientras sos una gata que gruñe sus últimos

estertores debajo del colchón, y el fin del siglo es una bola de vidrios y carne de tu carne que te muele las entrañas, Tácora, mientras, bajo lo que dejaron del azul de tu cielo, «suenan para siempre las once de la noche».

San José, 1990–1999

EN ORDEN DE APARICIÓN

SADE, 31
EL GRAN COMBO, 35
AGUSTÍN LARA, 55
ANTONIO CISNEROS, 61

ÍNDICE

LA MIRADA PRIMERA.....	7
BAMBÚES EN FLOR.....	9
LOS CORREOS DEL DIABLO.....	11
ÁTILA.....	15
CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE.....	17
OTRA MÁS JOVEN.....	21
1170-PANAMÁ.....	29
LA NOCHE ANTERIOR.....	37
LA SEÑORITA ÁLVAREZ.....	45
PRESAGIO.....	51
MARDOCAI.....	55
TÁCORA DE ASÍS.....	59

Impreso en los talleres de
Mundo Gráfico
San José, Costa Rica
en el mes de noviembre de 1999
su edición consta de 300 ejemplares
numerados y firmados por el autor
en papel 20 gramos y portada en cartulina C.12.

Jorge Arturo (Costa Rica, 1961).

Ha publicado en poesía: *Se alquila esta ventana* (1988), *Un paraguas llamado Adrián* (1989), *El blues del aprendiz* (1992) y *Perrumbre* (1994); mantiene inéditos: *La casa del tejedor*, *De un solo lado*, *El país de los ausentes*, *Viajes y V* (poemario colectivo). En narrativa publicó *La hoguera verde* (1998); mantiene inédito *Las aventuras de Liu Yuán, capitán de ultramar*.

También tiene sin publicar: *El pájaro del sol*, libro con canciones, dibujos, poemas y cuentos infantiles.

Co-fundó, integró y dirigió el colectivo y revista *Kasandra* (1989 y 1990).

Editores  Alambique

ISBN 9968-9871-7-4

Tsé Jan (Fiel a su natural).

Avanza entero por el camino trazado de su destino y coloca la mano con el mismo cuidado que si fuera a poner en marcha la primavera. Si golpea la puerta de un vecino no es para pedir prestado, sino para anunciar el nacimiento de una nueva raza de aves. En verdad nunca usurpa nada, pues adquirir con violencia engendra más pobreza. Se inclina hacia el enfermo con su ser entero concentrado en la ayuda. Luego, cumplida su misión, olvida.

Nunca se repite, no pule un estilo, no crea formas para obtener premios, dice sin desvíos, elude competir. Como sabe que todo se vive por última vez, vive cada reencuentro con la fuerza de una primera vez. Ermitaño, en la montaña inhabilitada, atraviesa la lluvia para ver caer las flores del cerezo; sus palabras sencillas y sus frases bien sentidas tienen el giro fácil de los ciclos de la naturaleza. Para que se muestre habría que ir a buscarlo en la región oscura donde se pierde el nombre de las cosas.

Texto anónimo chino del siglo V.